

Petición

AMD, 66,7,1

1

## ALGUNAS DE LAS VOCES HAN DICHO DE "LAS RATAS"

\*\*\* *"La novela de Delibes.... Gimenez-Rico la ha revirado sabiamente hacia un cierto lirismo amargo de Castilla, hecho con amor y primor"*

Francisco Umbral (EL MUNDO)

\*\*\* *"LAS RATAS" es un film más que estimable que describe un espacio y un tiempo determinados a través de unas imágenes de indiscutible belleza que permanecerán mucho tiempo en la memoria del espectador gracias a la extraordinaria fotografía de Teo Escamilla..."*

*"LAS RATAS" es, sorprendentemente, una película sin música; es decir, sin partitura, Pero... no la necesita en absoluto e, incluso, ponerla habría sido un gran error. Porque la película tiene música, que es el sonido de la naturaleza.... El espectador consigue oír hasta el frío, la niebla o la helada....."*

María Aurora Vilorio (EL NORTE DE CASTILLA)

\*\*\* *"..... el espíritu de la España profunda de los años 50, las duras condiciones de la vida rural, la vigencia de un sistema caciquil, las penurias de unos individuos mimetizados con el paisaje y resignados a los ritmos inexorables de una naturaleza cruel....."*

Alberto Bermejo ( EL MUNDO)

*"..... abrupta y hermosísima crónica rural castellana, llena de negruras y de vigencia, pues vigente sigue -quizás ahora más que nunca, en pleno sarampión de modernidades- esta derivación de la España negra, que Delibes escribió más a hachazos que a plumazos... con forma de "alegoría sobre la condición humana".*

Angel Fernandez-Santos (EL PAIS)



\*\*\* "... Gimenez-Rico, con la ayuda de una prodigiosa fotografía de Teo Escamilla, Productor además de la película, ha captado todo ello en un guión sobrio. La magnífica y telúrica escenografía, que recuerda a Ford y Dovjenko, atrapa el paso de las estaciones tanto como el del desmoronamiento de un mundo carcomido por una intemperie de miseria y opresión. El estilo directo y aparentemente poco emocional, atrapa al espectador y le da de bruces con los recovecos más duros del relato.

Gimenez-Rico, un sensible director de actores al estilo clásico, fisicidad igual a personajes en acción, ha dirigido impecablemente, hay un montón de silencios y miradas, a un reparto en el que el chaval Alvaro Monje, y sobre todo actores extraordinarios como Caride, Algora, Hinojosa y Valverde, se dejan la piel en actuaciones tan mimetizadas al personaje como la foto de Escamilla atraviesa el recuerdo agrio de una España cansada de esperar."

Eduardo Torres Dulce (Cinerama)

EL MUNDO,  
SABADO 25 DE OCTUBRE DE 1997

Sin duda, la fidelidad de la película al original es bastante notoria, hasta el punto de que, como dijo acertadamente alguien a la salida de la proyección, se oyen pasar las páginas del libro,

La boina y la pana raída dotan de credibilidad física a los personajes,

en ese tono de realismo descarnado que atiende sobre todo a los equilibrios ecológicos, al cambio de las estaciones, magníficamente fotografiadas en esas horas difíciles de los principios y finales del día.



EL NORTE DE CASTILLA  
Sábado, 25 de octubre de 1997

Alvaro Monje, como el Niño, ese niño que ha aprendido a leer en la naturaleza, capaz de predecir el tiempo y sus consecuencias sobre la cosecha, y que sabe más que nadie del comportamiento de los animales, demuestra que es un buen actor que se mueve ante la cámara con naturalidad y expresa en su rostro el dolor, el miedo o el asombro. José Caride, el Ratero, hace también una gran interpretación.

Películas

## Crítica de cine

**«Las ratas»: crónica de la miseria**

Excelente versión de la novela de Miguel Delibes realizada por Antonio Giménez-Rico con imaginería de Teo Escamilla

Producción: Teja Films/Teo Escamilla. Guión y dirección: Antonio Giménez-Rico. Fotografía: Teo Escamilla.  
Principales intérpretes: Álvaro Monje, José Caride, Esperanza Alonso, Susi Sánchez, Concha Gómez Conde, Francisco Algora y Joaquín Hinojosa. Noventa y siete minutos.



Centrada en las figuras de un padre viejo y un hijo preadolescente que malviven en una cochaca en las cercanías de un pequeño pueblo, dedicados a la caza de ratas de agua que venden al tabernero del lugar, «Las ratas» accede, a través de la crónica familiar y el costumbrismo, a la tragedia. A una tragedia regida, como todas, por la fatalidad, que, en esta ocasión, tiene más que ver con la miseria que con los dioses del Olimpo. Y que se expresa con pocas palabras y casi menos actos, aunque no sin un ceremonial secreto.

Fiel al texto de base, aunque

Con su tercera adaptación de un texto de Miguel Delibes —las otras dos fueron «Retrato de familia» y «El disputado voto del señor Cayo»—, el irregular Antonio Giménez-Rico rueda la que sin duda es su mejor película hasta hoy, una crónica semidocumental, aunque novelada, de la miseria en la Castilla rural de los años cincuenta

mucho más que mero ilustrador del mismo, Giménez-Rico se ha decantado por una puesta en escena austera, sin por ello renunciar ni a la belleza de la imagen ni a la indagación en los sentimientos, muy púdicamente expresados por ellas, de los personajes, tanto protagonistas como episódicos. Los primeros son, ya se ha dicho, un padre y un hijo. El padre, tozudo y obsesionado por la defensa de lo que es suyo, como suelen estarlo quienes sólo saben que no tienen nada, en su caso la cueva que le sirve de domicilio y el derecho a seguir cazando ratas, sin que el

«señorito» de un pueblo vecino se las quite o espante sólo para divertirse.

Y el hijo, niño sabio y analfabeto, que lo conoce todo sobre lo que le interesa, y nada conoce de lo que está seguro, al que nada le importa. Los demás, gentes del pueblo, en su mayor parte de edad madura, sumidas en la rutina, consistente en mirar al cielo para adivinar si va a llover y matar las horas previamente muertas en el bar local.

**Personajes bien definidos**

Todos los personajes están admirablemente definidos tanto por unos diálogos concisos y hermosos —memorable el que mantienen Simeona y Doña Resu— como por una dirección y selección de actores y actrices modélica. Ya que Giménez-Rico ha tenido la excelente idea de rescatar a una serie de ellos, todos excelentes, del ignominioso olvido en que nuestro cine les tenía, y la suerte de, tras un laborioso «casting», descubrir a Álvaro Monje, que encarna al hijodel ratero con singular fortuna. Todo lo cual da como resultado una espléndida película.

César SANTOS FONTENLA

MD

CINE

Película

# Las Ratas, de Giménez Rico

La mirada inteligente y desnuda de Miguel Delibes ha vuelto a cruzarse con la mirada luminosa e intensa del cine. Y, como en otras ocasiones, el fruto de ese encuentro es auténtico arte. Algunos planos y secuencias de *Los santos inocentes*, dirigida por Mario Camus, son ya imagen inmortal en la retina del cine español. En la presente ocasión, el veterano realizador Antonio Giménez-Rico ha estrenado una versión cinematográfica de *Las ratas*, una de las obras literarias más emblemáticas y representativas de ese bardo de la Meseta que es Delibes.

En la Castilla dura y sobria de los años cincuenta, viven el Nini y su padre. Juntos se dedican a la caza de ratas de agua para luego venderlas. Nini tiene una inteligencia natural que le permite conocer la naturaleza con una penetración excepcional. Los dos cohabitan en una cueva y son queridos y respetados en el pueblo. Sin embargo, el gobernador, a través del alcalde, quiere echarles a toda costa y privarles de su empleo, porque está convencido de que ambas cosas —cueva y ratas— perjudican la imagen de España ante el turismo incipiente. Ellos van a defender hasta el final lo único que poseen.

Ya es la tercera vez que Giménez-Rico lleva a las pantallas una novela de su amigo Delibes. Y, probablemente, es la vez que mejor lo ha hecho. Antes había dirigido *Retrato de familia* y *El disputado voto del señor Cayo*. Pero *Las ratas* es otra cosa, otro estilo, más personal y a la vez más revelador del universo de Delibes, un universo bastante trágico, por otra parte. La protagonista de este film es la naturaleza y sus polidrícas manifestaciones; el ritmo de la historia coincide con la sucesión de las estaciones; la banda sonora, sólo consta de los diálogos y los sonidos naturales. La impresión que resulta es la de un documental dramático, o la de un



drama documental, en el que, ausente cualquier maniqueísmo, se dibujan verdades punzantes de la España real y rural de los cincuenta. Es un film sin concesiones a la galería de los tópicos y lugares comunes sobre España y sobre el cine. Por ello es una película arriesgada, que no tiene en la taquilla rápida su principal argumento. Es un cine para perdurar, adquiriendo solera, en los bariles de nuestro séptimo arte.

No se trata de un mero drama social o de una ilustración del eterno divorcio entre la España oficial y la España auténtica; es una reflexión antropológica de mucha más embergadura. Y es que la relación del hombre con la tierra y la naturaleza, fuente de su sustento, es una relación a vida o muerte, sin término medio, como un darwinismo inmisericorde. No hay ecologismo barato de moda que resista esta constata-

ción, omnipresente en la película. La relación del hombre con la naturaleza no es idílica. A veces es mortal. Es inevitable un cierto sabor a tragedia griega, que no acaba de descubrir la positividad de lo real. Esto se hace muy persuasivo gracias a la fotografía del artesano Teo Escamilla, que además es productor del film.

También es notable la antedicha figura del Nini, un personaje mágico, un niño lleno de encanto y misterio, que vertebraba la historia y cuya interpretación, por parte de Álvaro Monje, es más rica que la del famoso Andoni de *Secretos del Corazón* de Armendáriz. Una vez más, se demuestra que es posible, con un presupuesto ajustado, realizar una gran aportación al séptimo arte. Y Giménez-Rico tiene aún más proyectos sobre obras de Delibes.

## Punto de Vista

### SIN MEMORIA

Ninguna de las facultades humanas ha sido más humillada que la memoria por un amplio sector de la catequesis actual. La sobrevaloración en la catequesis de la educación de actitudes y valores ha maltratado la memoria. Para quien concibe al ser humano como un manojo de sentimientos, *aprender no es ya conocer*, y menos *memorizar*, sino *sentir, conmoverse y experimentar*. Así las verdades se trivializan en *experiencias de vida*, que difícilmente podrán luego ser evocadas porque los contenidos de aquellas verdades nunca se aprendieron *de memoria*.

Hubo una generación que estudió *de memoria* las verdades de fe y moral cristianas en el catecismo del padre Astete (o de Ripalda). Años después, los niños españoles seguían memorizando estas verdades en *Catecismos nacionales*. Fueron generaciones afortunadas al contar con instrumentos sencillos y prácticos para memorizar las verdades cristianas. Los jóvenes de hoy, con una falta de conocimientos religiosos clamorosa, no han sido afortunados. Hay un grave vacío en la pedagogía religiosa actual.

A la importancia de la memoria se refirió Juan Pablo II en el comienzo de su pontificado: *Una cierta memorización de las palabras de Jesús, de pasajes bíblicos importantes, de los Diez Mandamientos, de fórmulas de profesión de fe, de oraciones esenciales, es una verdadera necesidad. La fe y la piedad no brotan en los espacios desérticos de una catequesis sin memoria*. Y Pierre Babin, experto en catequesis, ha dicho refiriéndose a la vieja técnica pedagógica de preguntas y respuestas: *Es tan popular, que ha sido recuperada en los programas de enseñanza asistida por ordenador, que funciona también con el sistema de preguntas y respuestas*. La Conferencia Episcopal acaba de reflexionar sobre la situación de la catequesis en España. Dios quiera que entre sus conclusiones esté el poner en su sitio la memoria.

MD

Juan Orellana

Pedro de la Herrán